

PEREGRINOS... Y TAMBIÉN PERSONAJES

Creo que la última peregrinación que realicé a Compostela (corría el año 2000) coincidió en el tiempo con las últimas palabras que escribí para Vestigium Viae. Y es esa coincidencia la que me ha empujado a unir de nuevo ambos acontecimientos (el retorno al camino y al boletín) no sin que antes mi buen amigo Santiago hiciera su acostumbrada labor de seducción y de movilización de voluntades aletargadas.

El artículo de hoy tal vez pueda ser un poco frívolo, sociológicamente hablando no tiene ningún valor científico y espero que nadie lo interprete como algo ofensivo. Y es que una de las realidades que más me ha llamado la atención en mi reencuentro con el camino ha sido la variada fauna humana con la que me he encontrado desde que empecé a peregrinar desde Astorga. Es cierto que esta fauna siempre ha existido pero tal vez con los años uno se vuelve más crítico (y autocrítico) y también más sensible a las múltiples manifestaciones que nuestra especie le regala al camino. Para ser fieles a la verdad tengo que decir que lo que ahora se va a convertir en un artículo (si nadie lo remedia antes) comenzó como una pequeña broma entre dos peregrinos ávidos de compartir risas. Vayamos pues, sin ánimo de ser exhaustivos, con alguno de los tipos hallados y una sucinta descripción de los mismos:

El veterano del Vietnam: lo reconoceréis por sus manifestaciones orales ya que sus frases más habituales son (por supuesto siempre en primera persona): "yo ya he hecho el camino tantas veces" o "el camino francés ya no me dice nada, está lleno de aficionados". Da igual que se encuentren con una persona que ha hecho el camino el triple de veces que ellos. Su tarjeta de presentación es estar de vuelta de todo. Son simples coleccionistas de compostelas y tristemente, algunos de ellos, suelen anidar en las asociaciones de amigos del camino. Son incapaces de darse cuenta que cuando el peregrino se sienta

en la arena de la playa y dice: "No hay nada más que ver" sabe que no es así. El final de una peregrinación es el comienzo de otra. Es preciso ver lo que no fue visto, ver otra vez lo que ya se vio, ver en la primavera lo que se vio en verano, ver de día lo que se vio de noche, disfrutar de la lluvia cuando se había disfrutado del sol,... Es preciso repetir caminos andados para volver a trazar nuevos caminos al lado de ellos. De igual manera que se releen los libros hay que volver a reiniciar peregrinaciones. Siempre. Porque en el camino las páginas son los rostros de las personas, las sombras que cambian de lugar, el color del paisaje,... El peregrino vuelve siempre.

El borjamari: dicese del misterioso caminante (siempre aparece en los lugares más insospechados sin que antes se cruzara contigo) que se encarga de hacerte saber que el no frecuenta albergues cutres y hospitales de peregrinos llenos de bichitos y ronquidos desagradables. Es incapaz de distinguir la iglesia de la oficina de turismo de la localidad en la que se encuentra ya que su ignorancia es tan grande como su atrevimiento. No sufre y no practica actividades sudorosas como caminar (lo suyo es darse una vuelta, pasear, dejarse caer aquí o allá,...) aunque siempre lleva el kit completo del peregrino: bordón, vieira, sombrero redondo,... y le gusta dejarse ver en los lugares míticos del Camino.

El converso: dicese del caminante que en su vida ha frecuentado templos católicos y a duras penas sabría enumerar los siete sacramentos pero que, sin saber muy bien la razón, empieza a levitar escuchando a los monjes de Rabanal del Camino o se hinca de hinojos ante el Grial del Cebreiro. Si os fijáis bien en el momento del éxtasis, con los ojos cerrados y los brazos en cruz, sus pies pierden por un instante el contacto con la tierra... La banda sonora del momento puede ser desde el mejor gregoriano de los monjes de Silos hasta un buen tema de Loreena McKennitt.

El espiritual: peregrino que viene con el cerebro licuado por la mala literatura de Paulo Coelho y que necesita de parroquia, preferentemente jóvenes y jóvenes (Carmen Romero dixit) que necesiten llenar su corazoncito, todavía puro y cristalino, de palabras con las que dar sentido a una vida vivida como un problema. Se le puede ver actuando al caer el sol en las cercanías de los albergues siempre con rostro beatífico y rodeado de nutrida grey. Este peculiar personaje incluso se ha hecho fuerte en algún albergue y si tienes la suerte o la desgracia (para gustos pintan colores) de pasar allí una noche de tu camino tal vez salgas con la sensación de que en otra vida fuiste una especie templario o simplemente un alcohólico anónimo.

El místico: dicese del peregrino que cuando te acercas a él está su cuerpo pero no su espíritu. Llevan la mirada perdida en el infinito y no son especialmente sociables ya que la dimensión



transcendente de la vida les ocupa todo el tiempo. Suelen ir tocados con algún tipo de rosario (católico, budista,...). Para ellos caminar es oración, una especie de mantra permanente que ninguna banal conversación puede osar perturbar.

El ejército de Pancho Villa: dicese de la horda de caminantes que siempre aparecen en un número superior a diez y inferior al millón bloqueando caminos, ocupando por derecho de conquista cualquier albergue que se les ponga a tiro y que si se caracterizan por algo es por el exceso de decibelios que uno tiene que aguantar en la horas que comparte con ellos. Y puedo asegurar que los peores no son los niños. Es recomendable levantarse a las cuatro de la mañana para no coincidir con ellos en sus gloriosos desayunos colectivos. Creo que todo el mundo sabe de lo que hablo.

La familia Monster: es la versión familiar del ejército de Pancho Villa. Aunque su número es más reducido el terror que provoca si coincides con ellos es similar. Tengo que decir, siendo fiel a la experiencia personal, que la mayor parte de las familias (especialmente las no latinas) suelen ser encantadoras.

El divorciado y sus hijos: ante la difícil realidad de no saber qué hacer con los hijos en verano (estén creditos o no) pues decide embarcarse en el camino con la familia que le queda que siempre es más barato que irse de parques temáticos o a la playa. Y que conste que lo de barato cada vez menos. Observándolos con cariño uno ya no sabe quien lleva a quien, si el padre/madre a los hijos o los hijos al padre/madre.

El expreso de Galicia: en lenguaje sioux su nombre sería "flecha amarilla". Más que caminar parece que está de maniobras militares. Su único objetivo es llegar lo antes posible y hacer etapas llenas de gloria (de cincuenta kilómetros para arriba). Es incapaz de cruzar una palabra contigo porque le cortarias el ritmo y empezaría a hiperventilar. Lamentablemente nunca entenderá el inmenso placer que produce detenerse y oler una hermosa flor. En algún instante de lucidez deberá descubrir todavía que las cosas que merecen la pena (la cocina, el amor, el camino,...) siempre se hacen lentamente.

El indolente: Es el último en salir de los albergues y el primero en entrar. Una cosa es hacer el camino lentamente y otra cosa es caminar dos horas al día (desayuno incluido) Los de la modalidad ciclista se les distingue porque los que vamos peregrinando a pie nos los encontramos siempre en los albergues. Desde luego que gracias a ellos puedo decir que la caballería ya no es lo que era. Así que (y parafraseando a la ministra de defensa) gritad todos conmigo: ¡Viva la infantería!

El fantasma: dicese del peregrino que delante de una hermosa hospitalera no tiene reparo en afirmar que lleva una velocidad media diaria de siete kilómetros por hora con la mochila a cuestas

(aunque matiza que siempre que camine en llano). No quiero hablar de nacionalidades pero hay un país del Mediterráneo que lleva la palma. En el fondo son lo mismo que nosotros pero en versión cómica.

El seductor: evidentemente nadie va al camino a ligar pero pasa tanta gente que alguno (y alguna) no puede dejar de sacar al cazador que lleva dentro. El lenguaje desde luego es mucho más sofisticado que en un local de copas. Las ampollas dan mucho juego. De ahí algunos pasan a la reflexoterapia o directamente al masaje erótico (se vende como terapéutico) de toda la vida. Algunos gastan un rollete místico tipo imposición de manos (se empieza por la cabeza y se termina por donde te dejen). Uno en principio los mira con sana condescendencia hasta que enseñan el brillo de sus colmillos. Siempre que les preguntan por las razones de su peregrinación responden ufanos: "espirituales, por supuesto". Mientras tanto, desde lo alto de su atalaya, ya están acechando a su próxima presa...

El novato: dicese del peregrino que hace por primera vez el camino o el que repite sin haber aprendido nada. Son presa fácil del espiritual de turno o del veterano del Vietnam con ganas de hacer parroquia. La sonrisa de satisfacción que tienen cuando terminan su peregrinación es tan grande como el peso de la mochila que arrastran. Algunos, ante las primeras dificultades, abandonan los primeros días por falta de preparación mental, pero la mayoría, a pesar de ampollas y kilos de más, recurren al viejo dicho aragonés: "los dineros y los cojones son para las ocasiones" (las peregrinas evidentemente pueden adaptar el aforismo a su propio aparato gonádico).

El libertario: tal vez sea el más puro de todos ya que se siente libre y no sometido a ninguna autoridad. Su musa es su conciencia. Si lo encuentras (como al Equipo A) no dudes en compartir alguna jornada a su lado. No te arrepentirás.

Todos estos personajes y muchos más tienen cabida en el camino y tal vez el camino no sería lo mismo sin ellos. Los hay en estado puro pero lo que se lleva es el mestizaje. Todos hemos sido en algún momento algo del veterano, algo del seductor, algo del espiritual,... Aunque este artículo está escrito en clave de humor tengo que decir que es un humor lleno de cariño ya que mi camino, después de tantos años, no hubiera sido el mismo sin ellos y aunque en algún momento me he podido sentir molesto con ciertas actitudes (y ellos con las mías, por supuesto) creo que en el camino cabemos todos. Porque el camino es patrimonio de la humanidad.

Xoan García Rodríguez

